los consejeros privados, los ministros extranjeros, el alto clero de laiglesa anglicana, eran los únicos admitidos en la régia cámara. Carlos II estaba en manos de los médicos. Contenida por la sangría, la congestión no estaba sin embargo, conjurada. El enfermo fué, pues, sangrado de nuevo. Se le aplicaron cuantos recursos tenía la medicina en aquel tiempo y durante tres días se creyó haber dominado á la enfermedad. En cuanto circuló por Londres la nueva de la enfermedad del rey, la capital se impresionó dolorosamente. Las iglesias estaban abiertas y frecuentadas por una multitud augustiada.

En la noche del 4 de Febrero se anunció que los médicos consideraban al rey casi fuera de peligro. Entonces fueron echadas á vuelo las campanas y se encendieron fogatas por todas partes; mas no tardaron en desvanecerse aquellas esperanzas. Apenas el 5 por la mañana anunciaba *La Gaceta de Londres* la mejoría del rey, cuando una recaída aseguraba á los médicos de que había que desechar toda esperanza.

Durante estas jornadas los obispos anglicanos se habían relevado en la alcoba del enfermo. Sancroft, arzobispo de Canterbury, creyó, el 5 por la mañana, al sobrevenir la agravación, que debía prevenir al rey de que iba á comparecer ante un Juez que no tiene para nada en cuenta los títulos de las personas. El rey no contestó á Sancroft. Poco después Tomás Ken, arzobispo de Bath, el mismo que en otro tiempo se había negado á alojar á Leonor Gwynn en la casa en donde él era prebendado, se acercó al lecho real. Su voz, dicen sus contemporáneos, se parecía á la del ruiseñor; tan dulce era. Pero en vano derramó olas de elocuencia en su patética exhortación; al preguntar á Carlos si queria recibir los Sacramentos, al rey, fiel á su costumbre de eludir cortesmente las respuestas categóricas, lo cual le había prestado grandes servicios en su vida, le dió las gracias y le dijo que lo pensaría. Así pasó la mayor parte de la jornada.

Entretanto las noticias sobre el estado del rey iban con

mucha frecuencia desde la regia alcoba hasta las lujosas habitaciones de la duquesa de Portsmouth. Barillón, embajador de Francia, á quien ella había hecho llamar, fué llevado por ella á una habitación reservada y allí le abrió su corazón. « Voy á deciros exclamó, el mayor secreto del mundo. Si se supiera, mi cabeza correría peligro. El rey es católico en el fondo de su alma, y va á morir sin haberse reconciliado con la Iglesia. Está rodeado de Obispos anglicanos. Nadie le revela la gravedad de su estado, y nadie le habla de Dios. Yo no puedo, sin escándalo, penetrar en sus habitaciones. Ahora el único amo es el duque de York. Habladle. Decidle que el alma de su hermano está en peligro. El solo puede hacer que desalojen la cámara regia : id inmediatamente ó será tarde. » Barillón corrió á la cámara del rey y transmitió al duque de York el mensaje de la favorita (1). Carlos II acababa de rechazar un nuevo asalto de los obispos anglicanos. « No corre prisa » había contestado (2). Entonces Jacobo se inclinó hacia él y le preguntó muy bajito, si deseaba que se le enviase un sacerdote católico. — « Sí, sí, con mucho gusto, os lo ruego, hermano mío, y no perdais tiempo. » Luego añadió : ¿No será eso muy arriesgado para vos? — Sire, repuso el duque de York, aun cuando me costase la vida voy á traeros uno. » Ni en la cámara del rey, ni en la contigua vió Jacobo á ningun católico inglés. Entonces rogó al conde de Castel Melhor, noble portugués refugiado en Inglaterra, que fuese en busca de un sacerdote. Quiso la casualidad que los capellanes de la reina, no supieran ni el inglés ni el francés lo bastante bien para confesar al rey, por lo cual hubo que apelar á Don Juan Huddleston, que había curado los pies del rey en el castillo de Moseley, después de la batalla de Worcester y al que se hizo entrar por una escalera secreta (3). El benedictino, despues del *Test Act*, había

(1) Lingard. *Historia de Inglaterra*, X, 53.
(2) Macaulay. *Historia da Inglaterra, desde el advenimiento de Jacobo II*, t. II, p. 476.
(3) *Memorias de Jacobo II*, 567.

recibido asilo en la casa de la reina. Entonces el duque de York previno al rey el cual ordenó que todo el mundo saliera excepto su hermano, pero el duque, para tener dos testigos de la abjuración, retuvo á Luis Duras, conde de Feversham, sobrino de Turena y chambelán de la reina, y al conde de Bath, gentilhombre de cámara, que estaba de servicio. Ambos eran protestantes pero el duque de York estimó que podía contar con su fidelidad. Apenas hubieron salido los que llenaban la régia cámara, la puerta secreta que Chiffinch había abierto tantas veces á visitas de otro género, dió paso al padre Huddleton. « Sire, dijo el duque de York, os presento á aquel que en otro tiempo os salvó la vida del cuerpo y viene ahora á salvar vuestra alma. — ¡Bien venido sea! » repuso Carlos II, y sin perder tiempo, dijo al padre Huddleton que deseaba morir en el seno de la iglesia católica, que estaba sinceramente afligido por los pecados de su vida pasada y especialmente por haber diferido durante tanto tiempo su conversión. Confiaba sin embargo en los méritos de Cristo, estaba en paz con todo el mundo, perdonaba á sus enemigos y pedía perdón á aquellos á quienes pudiera haber ofendido y que si Dios se dignaba devolverle la salud, estaba resuelto con ayuda de la gracia, á cambiar de vida. Luego comenzó su confesión que duró cerca de una hora. « Habiendo deseado recibir los auxilios destinados á los moribundos, continuó haciendo piadosas manifestaciones y levantando con frecuencia las manos al cielo (1) y exclamando : « ¡Misericordia, dulce Jesús mío! » El padre Huddleton no tenía en su poder el Santo Viático. Un sacerdote portugués, agregado á la capilla particular de la reina, lo trajo (2). El

(1) *Memorias de Jacobo II*, 567. — El relato de Jacobo II está corroborado por el de Bruce que termina de este modo : Esta es la verdad literal, á fe de cristiano. Tengo mi manera de pensar pero detesto el embuste y la impostura. »

(2) Macaulay, que no comprendió la intervención del sacerdote portugués, imaginó que Huddleston « era tan iletrado que no sabía qué decir al rey en tales circunstancias ».

rey comulgó, experimentando tanta dificultad para tragar la Sagrada Forma que fué preciso abrir la puerta para buscar un vaso de agua. Luego, despues de una breve exhortación, el padre Huddleston se retiró por el camino secreto por donde había venido. Entonces se abrió la puerta que daba á la sala vecina. Todos vovieron á entrar en la cámara y el rey manifestó públicamente por su hermano todo el cariño y la ternura posibles, pidiéndole perdon por el rigor que había tenido con él durante tanto tiempo. Todos lloraban alrededor del lecho del rey. Habló también á la reina con mucho afecto implorando su perdón por las faltas que había cometido á su respecto, y como Ken le hubiera propuesto de nuevo que recibiese los sacramentos según el rito anglicano, repuso Carlos apartándole con un gesto cortés : « Ya estoy en paz con Dios (1). »

María Beatriz de Módena, duquesa de York.
Retrato por Peter Lely.

(1) El duque de Monmouth se había asociado al complot whig con Essex, Sidney y Russel en el momento en que la conjuración de Rye-House se proponía, no solo sublevar á la nación contra el gobierno, sino asesinar al rey y á su hermano.

Gaceta de Francia, Noviembre de 1673. (Bibl. Nac. París. Colec. Hennin.)

La noche estaba ya muy avanzada. Llevaron á la cabecera del moribundo á sus hijos naturales, los duques de Crafton, de Southampton y de Northumberland, hijos de la duquesa de Cleveland, el duque de Saint-Albans, hijo de Leonor Gwynn y el duque de Richmond, hijo de la duquesa de Portsmouth. Dió á todos su bendición pero habló al duque de Richmond con una mayor ternura. A cosa de las dos de la mañana, Carlos que sufría mucho y se quejaba de sentir interiormente un fuego devorador, tuvo algunos minutos de conversación con su hermano, al que demostró el más tierno cariño, le llamó el mejor de

Desde esta época el duque de Montmouth fué para los ingleses del partido protestante un verdadero martir de la buena causa. Tenían por él la profunda admiración expresada por Dryden : « La gracia acompañaba todos sus movimientos y el Paraiso se revelaba en su cara. »

los hermanos y le dijo que tenía el mayor regocijo en que le sucediera. Le recomendó á la duquesa de Portsmouth, diciendo que siempre la había amado y que la amaba hasta el último suspiro, recomendandola á las bondades de su hermano así como á su hijo. Tambien le encargó que cuidase de sus demás hijos, absteniendose solamente de hablar del duque de Monmouth á quien había tenido que desterrar por haber conspirado contra él « ¡No dejeis morir de hambre á la pobre Nelly! » dijo aun.

Cuando las primeras luces del alba comenzaron á iluminar las ventanas de Whitehall, pidió el moribundo que las abrieran. « Quiero ver por última vez el sol » dijo. Pidió perdon á todos las circunstantes por las molestias que les había causado durante toda la noche, « empleando en morir demasiado tiempo, pero esperaba que sabrían excusarle aquella tardanza ». Así pues, murió gallardamente con aquella perfecta cortesía que hacía de él entre los ingleses, como de su modelo, Luis XIV, entre los franceses, el más cortés de los señores de su reino. Debilitábase rápidamente; á las ocho perdió el uso de la palabra; antes de las diez ya estaba sin sentido y hacia el mediodía, exhaló dulcemente el último suspiro, el 6 de Febrero de 1685, despues de un reinado de veinticinco años.

FIN

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

Prólogo 7
I. — Primeras armas, primeros amores 9
II. — La Restauración 33
III. — Justas nupcias 57
IV. — El Reinado de Bárbara Palmer 85
V. — La Guerra de las mancebas 130
VI. — Fin del Reinado 169

ÍNDICE DE GRABADOS

Vista y perspectiva del palacio de Whitehall 13
Retrato del príncipe Ruperto (Roberto de Baviera) 17
Retrato de Carlos II (1657) 21
Lucy Walters ó Barlow 25
Jorge Monk, duque de Albemarle 37
Ana Clarges, duquesa de Albemarle 41
Carlos II se embarca para Inglaterra en Schevelingen 45
Carlos II desembarca en Douvres 49
El duque de York 61
Bárbara Palmer, condesa de Castelmaine, duquesa de Cleveland . 65
El casamiento de Carlos II y de Catalina de Braganza 73
Catalina de Braganza, reina de Inglaterra 77
El palacio de Hampton Court 81
La firma de la paz en Breda (24 de Agosto 1667) 89
Francisca Stewart, duquesa de Richmond 93
La condesa de Chesterfield 97
Lady Denham 101
La hermosa Hamilton, duquesa de Grammont 105
Francisca Jennings, duquesa de Tyrconnel 109
James Fitzroy ó Scott, duque de Montmouth 113
La duquesa de Montmouth 117
La condesa de Ossory, hija de lord Ormond 120
Madama Middleton 121
Mary Davis 125
Madama Hughes 129

Nell Gwynn 133
Wycherley 137
Luisa de Keroualle 145
Luisa de Keroualle, duquesa de Portsmouth 149
Hortensia de Mancini, duquesa de Mazarino 153
Carlos II en 1680 157
Batalla naval del 21 de Agosto de 1673 161
Lady Susana Bellasys 173
El combate naval de Solebay (1672) 177
Batalla naval de Southwold Bay (1673) 181
María Beatriz de Módena, duquesa de York 185
Recepción de la duquesa de York en la corte de Francia 186

Imprimerie F. Schmidt, 5-7, avenue Verdier, Grand-Montrouge (Seine).